

do, nuestros rasgos existen en un tiempo presente; en un espejo agrietado vemos en nuestro rostro las grietas de nuestro pasado y del pasado de nuestros más remotos apellidos. En un espejo joven, en fin, nos vemos nuestro propio rostro; en un espejo viejo podemos ver, entreverado con el nuestro, el rostro de nuestros antepasados. En un espejo joven vemos a nuestra cara; en un espejo viejo vemos a nuestra historia. En un espejo joven nos miramos el rostro, en un espejo viejo nos miramos la intimidad. En un espejo joven podemos contemplarnos por fuera; en un espejo viejo nos abrazamos a nuestras propias sombras. «Los viejos dicen que se erizaban los cabellos...» Y cómo no: la siguiriya nos relata nuestra historia, nuestro esplendor, nuestro infortunio y las esquinas de nuestro destino. ¿Y de qué otra manera podría expresarse toda esa abundancia de espanto, de saber y de misericordia que contiene y que entrega la siguiriya, sino desde el centro mismo de la genialidad del lenguaje poético? La definición de Federico nos resulta deslumbradora: es porque Federico se supo deslumbrado a su vez por la siguiriya gitana. De entre todos los cantes, ninguno obtuvo más atención de Federico que la que obtuvo la siguiriya. Y ninguno, tampoco, recibió un más persistente homenaje. En otro pasaje de «Arquitectura del "cante jondo"» escribirá el poeta: «La "siguiriya" gitana comienza por un grito terrible. Un grito que divide el paisaje en dos hemisferios iguales; después la voz se detiene para dejar paso a un silencio impresionante y medido. Un silencio en el cual fulgura el lirio caliente que ha dejado la voz por el cielo. Después comienza la melodía ondulante e inacabable en sentido distinto al de Bach. La melodía infinita de Bach es redonda, la frase podría repetirse eternamente en un sentido circular; pero la melodía de la "siguiriya" se pierde en el sentido horizontal, se nos escapa de las manos y la vemos alejarse hacia un punto de aspiración común y pasión perfecta donde el alma no logra desembarcar». Agregarles algo a esas frases es un disparate. ¿Me consentirán ustedes ser un poco disparatado? Sólo lo justo para mostrar un poco del atrevimiento que en Federico podemos y debemos aprender. Lo justo para confiarles mi gratitud por el hecho de que el poeta, al mencionar una de las características de la siguiriya (su ondulación melódica obsesiva, casi ritual y, por qué no, de naturaleza religiosa; o, dicho de otro modo, su misteriosa ambición de sacralidad) recordase a uno de los más grandes, si no el mayor, de todos los artistas de la historia de la música de los humanos. Si tenemos en cuenta que en la época en que Federico establece esa semejanza, dentro de una semejanza esencial, entre la siguiriya y tantas partituras de Bach, la inmensa mayoría de los músicos, por ignorancia o por soberbia, desdeñaban el cante flamenco, esas frases de Federico no son sólo un acierto en su búsqueda de definiciones: son también la prueba de su moral enérgica y de su sentimiento de justicia. En su época, y aún hoy, podrá resultar escandaloso invocar el nombre de esa altísima montaña de la música (si es que Juan Sebastián Bach no es una opulenta cordillera) para expresar la naturaleza de un cante. Como a nosotros no nos parece escandaloso, no sobresaltaremos más aún, con innecesarias apostillas, el enojo de los desdeñadores del flamenco. Digamos solamente una cosa: en verdad, ellos se lo pierden. Pero anotemos, sí, la finísima perspicacia de Federico al diferenciar la ondulación melódica de una página de Bach, de la ondulación de la siguiriya gitana. Bach toma nuestra intimidad de la mano y la sanciona con su inusitada compañía. Bach nos despierta la intimidad y simultáneamente nos la celebra y nos la apacigua.

Dicho de un modo rápido: Bach nos hace felices. En sus ondulaciones, la siguiiya, por el contrario, aproxima nuestra intimidad a la desgracia. Bach nos hace llorar de abundancia; la siguiiya, de orfandad. En Bach, lo sagrado nos arropa; en la siguiiya, lo sagrado nos desnuda. Desde Bach, sentimos el calor de ser; desde la siguiiya, tiritamos nuestro ser. De la mano de Bach siempre estamos desembarcando, regresando; desde la siguiiya, no logramos desembarcar. En la música de Bach, Dios nos celebra; en la siguiiya, Dios se compadece de nosotros. Bach, en fin, compone el perfecto poema de la celebración del universo y de la criatura. Y Federico nos recuerda que la siguiiya es el «perfecto poema de las lágrimas».

Para nosotros, García Lorca es hoy una estremecedora mezcla de Bach y de siguiiya gitana. Como Bach, compuso el perfecto poema de la grandeza y la inocencia. Como la siguiiya, y desde el mismo instante en que el crimen lo derribara, se lamenta sin fin y sin consuelo, componiendo un perfecto poema de las lágrimas. En esa siguiiya, suya es toda la música. Las lágrimas son nuestras.

Félix Grande





José Antonio Gabriel y Galán